

SER EUROPEO DESDE YUSTE

Antonio Ventura Díaz Díaz

European Academy of Yuste Foundation

Jesús Baigorri Jalón

University of Salamanca

El continente europeo lleva el nombre de una joven, Europa, que Zeus, transformado en toro, raptó y abandonó en la isla de Creta, donde ella tuvo tres hijos. Pero Herodoto cuenta una versión mucho más realista de esta leyenda. Según él, Europa, hija del rey Agenor de Fenicia (territorio que corresponde al Líbano actual), fue raptada no por un dios sino por hombres bien corrientes, los griegos de Creta. Vivió después en Creta, donde dio origen a una dinastía real. Por tanto, es una asiática que vino a vivir en una isla del Mediterráneo la que le dará nombre al continente. Esta denominación parece anunciar, desde los tiempos más remotos, la futura vocación de Europa. Una mujer doblemente marginal se convierte en su emblema: es de origen extranjero, es una desarraigada, una inmigrante involuntaria; habita en la periferia, lejos del centro de las tierras, en una isla. Los cretenses la convierten en su reina; los europeos en su símbolo. El pluralismo de los orígenes y la apertura a los otros se convirtieron en la marca de Europa. (Tzvetan Todorov, discurso de toma de posesión de su sillón de Académico de la Academia Europea de Yuste, 18 de junio de 2008)

Estamos en el Real Monasterio de Yuste, en el norte de la provincia de Cáceres (Extremadura, España), sede de la Fundación Academia Europea de Yuste, y hace una mañana fresca de primavera. El Monasterio está en medio de un bosque de robles, del que llegan los trinos de los pájaros, y nos acompaña el sonido nunca monótono del agua de la fuente que surge de la montaña. Es, por tanto, un entorno no muy distinto del que envolvió a Carlos V cuando se retiró a este lugar, con una edad no muy distinta de la que tienen quienes firman esta colaboración. Carlos abdicó en Bruselas a una edad avanzada para su época, aunque tenía solo 56 años, y buscó en este retiro vecino a las breñas de Gredos la antesala de su encuentro con Dios. Su traslado, visto desde nuestros días, supone una especie de jubilación voluntaria y un desplazamiento hacia un lugar agradable en el que acolchar la *molestam senectutem*. Que sepamos, no tuvo controles de pasaportes ni nadie le pidió permiso de residencia. Tampoco hubo aduana que le impidiera importar la patente de sus cerveceros flamencos ni autoridades locales que obstaculizaran la instalación de una destilería artesanal en el Monasterio. Era políglota, de modo que no tenía problemas de comunicación, y traía la memoria cargada de recuerdos. Mucho antes de que existieran directivas regulando la instalación de industrias de un país en otro, mucho antes de las políticas de control de la inmigración, mucho antes de Schengen, Carlos V tomó decisiones y medidas

que hoy no están reservadas a emperadores o a reyes, sino que, *mutatis mutandis*, están al alcance de todos los ciudadanos de la Unión Europea.

Las coordenadas de Yuste no se entienden hoy solo con la fría precisión de los sistemas de localización geográfica empleados por los cartógrafos, sino que incorporan la dimensión del tiempo, imprescindible para comprender el porqué de su sello de patrimonio europeo, de auténtico lugar de la memoria histórica europea. Puesto que la memoria es nuestro mecanismo de referencia para situarnos en el presente, nos planteamos en qué se nota ahora que, también en Yuste, somos europeos. Si en la versión clásica, Europa es raptada por Zeus en un territorio marginal, simbolizando así la apertura a los otros, como se aprecia en el texto de Todorov del encabezamiento, en la más contemporánea, lo más parecido que se ha conseguido hasta ahora a una entidad que habla con una sola voz –la Unión Europea– tiene también una geografía variable. Europa no es más que una península de Asia, que solo convencionalmente hacemos comenzar, al menos en una cierta tradición geográfica, desde los Urales –montañas que en realidad no separan nada. La construcción europea – un hecho auténticamente revolucionario si consideramos los antecedentes de odio y de conflicto seculares– se conjuga en diferentes lenguas y con distintas características según los países. La reconstrucción del continente después de la segunda guerra mundial se hizo de hecho con arreglo a patrones socioeconómicos opuestos, orquestados respectivamente por potencias que, geográficamente, estaban fuera de las fronteras convencionales de Europa.

¿Cómo notamos desde Yuste que somos europeos? Para empezar, la presencia “europea” en nuestras vidas se advierte en que buena parte de nuestra actividad diaria está regida por directivas que emanan de la Unión Europea, aunque es obvio que el funcionamiento de su estructura administrativa no es asunto que precisamente apasione al ciudadano europeo medio. Lo cierto es que las instituciones de la UE han ido tomando muchas iniciativas que hacen que los ciudadanos de la Unión estemos más cerca unos de otros: tenemos una licencia de conducir válida en todos los países que la componen, un pasaporte con un formato y un color semejante, matrículas de coche parecidas. Y en diecisiete países tenemos el euro, una moneda común, que ha permitido acabar con los tediosos –y ruinosos– cambios de divisas al cruzar las fronteras. Para los 25 países firmantes del acuerdo de Schengen –en el que no están el Reino Unido ni Irlanda, pero sí Noruega, Islandia y Suiza, que no son miembros de la UE–, no tenemos ya –casi– ni fronteras. Sin embargo, muchos ciudadanos siguen pensando en clave local o regional y, todo lo más, nacional, de modo que existe una opinión pública alemana, francesa, británica o italiana, pero no una opinión pública auténticamente europea. A este fenómeno no es ajeno tal vez el dominio de los medios de comunicación por las agencias de noticias estadounidenses, que filtran la información en función de intereses que no coinciden necesariamente con los europeos. Algunos han entendido los intentos por fomentar una identidad común en la Unión Europea como signos de hegemonía o de imperialismo cultural y de manejo por los eurócratas de Bruselas, como si ser europeo fuera incompatible con ser francés o tirolés. Lo cierto es que la identidad europea es una capa más que se superpone a identidades nacionales, regionales, étnicas o de otro tipo, pero que no las amenaza. No es algo estático. Las ampliaciones

de la Unión han ido incorporando a miembros que no se parecen a los fundadores, pero es que los fundadores no se parecen tampoco a sí mismos cuando los comparamos con lo que eran en los años 1950. Al igual que sucede con la individualidad de cada uno, que aparece definida también por los demás, para quienes somos “otro”, lo mismo ocurre con la “europeidad”. Desde luego, a uno lo toman por “europeo” cuando uno está fuera de Europa más que por su *ser* europeo por el hecho de su *no ser como* los de África, Asia o las Américas.

Vamos a tratar de presentar algunos rasgos distintivos europeos, tal como los vemos desde Yuste. Europa, entendida en este caso como sinónimo de la Unión Europea, ha conseguido fraguar, gracias a una larga lucha y a la iniciativa de sus ciudadanos, sus sindicatos y sus estadistas, un sistema social excepcional, en el que se tienen en cuenta valores como el de la solidaridad y la equidad.

... estrictamente hablando, no existe un modelo social europeo, ya que la historia de nuestras naciones es una suma de singularidades. Sin embargo, a lo largo de los años ha habido tal convergencia en las legislaciones sociales nacionales que las series de normas resultantes son, en muchos sentidos, características de conceptos asociados con Europa. La originalidad de este tipo de relaciones sociales –la excepción social europea– parece más clara cuando se compara con los modelos estadounidense, soviético o con los asiáticos. [Anexo I de la *Declaración de la Academia Europea de Yuste sobre Europa y el envejecimiento*, 12 de octubre de 2004, en <http://www.fundacionyuste.es/>]

En otras palabras, ese modelo europeo se distingue sobre todo cuando se mira desde fuera de él. O cuando la depresión económica, originada en el impreciso ámbito de la globalización, hace que las diferencias con otros modelos menos cuidadosos con la protección de las clases menos favorecidas se vayan haciendo cada vez más borrosas. En este sentido, sigue teniendo validez esta cita de la misma Declaración:

Nuestro modelo se halla hoy sometido a fuertes restricciones económicas y, aunque la gran mayoría de los europeos sigue muy apegada a él, es evidente que sólo puede sobrevivir si se cumplen dos condiciones: que se adapte a las realidades económicas y demográficas del recién nacido siglo XXI y que se mantenga la solidaridad entre los grupos sociales y las generaciones. [*Ibíd.*, en <http://www.fundacionyuste.es/>]

Se señalan en estas palabras dos aspectos que explican de forma clara uno de los retos más visibles de la UE, el de su demografía. Lo que observamos, nada más salir de Yuste, son dos fenómenos muy visibles: una población cada vez más envejecida –con todos los cambios que ha experimentado el concepto de envejecimiento– y la presencia de personas, generalmente jóvenes y niños, con aspecto físico distinto del de la mayoría. Son las dos caras de una misma moneda. La población europea ha sufrido en los últimos decenios un proceso de envejecimiento progresivo que a largo plazo pone en cuestión la supervivencia biológica, porque en numerosos países europeos la tasa de fecundidad no garantiza el reemplazo generacional. De ello dimana la necesidad de recurrir a la importación de sangre nueva, lo que nos conduce de lleno a la cuestión de la inmigración. Para una región, Extremadura, –y un país, España– que hasta fechas no muy lejanas tenía un saldo migratorio negativo,

es decir, que tenía muchos más emigrantes que inmigrantes, este fenómeno de la llegada de personas procedentes de fuera resulta novedoso. Aún más, si tenemos en cuenta que ha sucedido en un lapso de tiempo relativamente corto. La percepción social de la inmigración suele estar distorsionada tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. El número real de extranjeros que vemos en nuestras calles es aproximadamente la mitad del que creemos ver (si hay un 12 por ciento de inmigrantes pensamos que son uno de cada cinco). De modo que las impresiones de “exceso” de inmigrantes, incluso de “invasión”, contrastan con las realidades de las cifras. En cuanto al aspecto cualitativo, resultan mucho más visibles los fenotipos con rasgos étnicos distintos de la mayoría que los de otros extranjeros más parecidos al ciudadano tipo. La valoración que se hace de esos inmigrantes suele pasar por alto que su actividad laboral y sus cotizaciones a la seguridad social son garantía de la sostenibilidad del modelo. En contrapartida, nuestra actitud ha de ser favorable a la presencia y a la integración de los inmigrantes, partiendo de la base de que se trata de un proceso bidireccional del que derivará una sociedad culturalmente más rica.¹

Desde la perspectiva de Yuste, pensamos que es precisamente el aspecto cultural el que mejor ayuda a entender la identidad europea.

La identidad europea reside principalmente en el plano cultural. Europa es más una idea que una realidad geográfica o económica. Es la dimensión cultural lo que hace que Europa sea a la vez singular y múltiple, una y plural. Las tensiones que de ahí surgen constituyen una fuente de riqueza y creatividad, de ahí que toda medida que haga disminuir la diversidad cultural europea sólo pueda resultar perjudicial. En general, las identidades nacionales están claramente definidas y sólidamente establecidas y, como tales, no conllevan necesariamente más solidaridad. Se debería fomentar todo tipo de manifestación conjunta de una cultura europea. Resulta esencial conocer bien la lengua materna, pero también es fundamental el estimular la comprensión de otros idiomas. Sólo se pueden comprender otras mentalidades si se posee un buen dominio de otro idioma. En este contexto, habría que proteger las lenguas minoritarias ya que forman parte integrante de la diversidad cultural europea. [Declaración de la Academia Europea de Yuste “Europa, una cultura para la solidaridad”, Real Monasterio de Yuste, 3 de junio de 2002, en <http://www.fundacionyuste.es/>]

Este párrafo de la Declaración de la Academia de Yuste de junio de 2002 apunta hacia dos aspectos clave para que el ambicioso proyecto de la Unión Europea tenga éxito. Para apreciar más a nuestros vecinos, los hemos de conocer mejor y ello requiere superar visiones miopes. Es en este sentido en el que nos parece que las sociedades multiculturales europeas ofrecen una multiplicidad de formas de ver el mundo desde el mismo lugar. Cada una de ellas aporta sus propias tradiciones culturales, pero ninguna de ellas es, estrictamente hablando, pura, sino que se fertiliza gracias a las demás. Frente a la idea del choque de civilizaciones, reivindicado por algunos como el destino

¹ Ver Cea D’Ancona, M. A. y Valles Martínez, M. S. (Observatorio Español del Racismo y la Xenofobia) (2010) *Evolución del racismo y la xenofobia en España, Informe de 2010*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración. <http://www.oberaxe.es/files/datos/4e20230088dc8/INFORME%20RACISMO%202010.pdf>

al que estamos condenados, defendemos la idea de una colaboración entre ellas, de una alianza, que permita, mediante el diálogo y el conocimiento de los demás, prevenir cualquier veleidad de intolerancia, xenofobia o incluso de racismo abierto. Nos guste o no, las sociedades en las que estamos viviendo y en las que vivirán nuestros hijos y nietos serán distintas de las que conocimos en nuestra juventud. Un elemento fundamental de las sociedades en las que hemos vivido es que, por vez primera en al menos un siglo, nuestra generación no ha conocido la guerra en los países de la Unión Europea.

El dilema que tiene el concepto de ciudadanía europea es el que se plantea entre el predominio de lo nacional, en función de unas fronteras del estado-nación clásico, que algunos ponen en cuestión aspirando a su disgregación, y las fórmulas supranacionales –postnacionales al fin–, que se corresponden mejor con una globalización sin fronteras. Cuando se dice que la democracia tal como se practica en los países de la Unión Europea está en crisis, nos viene a la memoria la envidia que sentíamos desde España, en plena dictadura de Franco, respecto a los sistemas democráticos vigentes entonces en Francia o el Reino Unido. En este último país escuchamos en los años 1960 opiniones de gente corriente que había vivido los cataclismos de las dos guerras mundiales, que se quejaba de la indiferencia de los jóvenes de entonces –en plena ebullición de los movimientos culturales de fines de los sesenta– respecto a la política cotidiana. “¡Con lo que nos ha costado a nosotros defender y consolidar este sistema!”, decían. Nosotros lo veíamos muy claro entonces porque no gozábamos aún de los derechos humanos, sociales y democráticos que ya existían allí. Pero, ¿somos capaces hoy de reconocer lo que tenemos como un logro? ¿Somos capaces de pensar en proyectar estos derechos de forma interna a quienes aún no los tienen y, hacia el exterior, hacia tantos países que nos rodean? Tal vez sea en ese contexto en el que tengamos que interpretar un movimiento como el del “15 de mayo” en España, que está teniendo repercusiones también en otros países. Nos parece muy claro que cada generación tiene el derecho a repensar la historia, pero insistimos en la importancia que tiene no olvidar nuestro pasado, sobre todo para tratar de evitar los errores cometidos. Si una generación de europeos fue capaz en 1945 de superar el odio que había enfrentado a unos países contra otros, estamos seguros de que los jóvenes de hoy serán capaces de superar las contradicciones sociales, políticas y económicas en las que nos encontramos inmersos en estos momentos.

Entender nuestro pasado con una mentalidad superadora de la confrontación y proclive a la avenencia es precisamente el objeto de uno de los proyectos amparados desde Yuste, el de *Classroom for Europe*, que se apoya en las tecnologías de la información y propugna una forma común de entender nuestra historia a partir de las redes que existieron en el pasado entre los países de nuestro continente –y también de este con otros–, y que constituyen un patrimonio europeo común.

La civilización europea no aparece reflejada como un proceso homogéneo de divulgación desde unos pocos focos de excelencia hacia un interminable océano de mediocridad, sino más bien como una red de redes de personas que, mediante la correspondencia y los viajes, entablaron un diálogo continuo y abierto sobre los temas que componían esta evolución polifacética y diversa,

pero coherente, de ideas y de prácticas. [Declaración de la Academia Europea de Yuste “Lo que todos los escolares europeos deberían saber sobre Europa. Hacia un currículum interactivo sobre la civilización europea para alumnos de bachillerato.”, Real Monasterio de Yuste, 18 de junio de 2008, en <http://www.fundacionyuste.es/>]

La educación es un vector clave en la conformación de las mentalidades y ver lo que nos une en vez de lo que nos separa nos parece que es una manera útil de contribuir a consolidar una Europa en la que la inmensa mayoría de sus ciudadanos, con sus particularidades, se sientan cómodos. Esa propuesta de currículum interactivo, *Classroom for Europe* (<http://www.classroom4.eu/>), constituye en sí misma un valor que podría ser típicamente europeo pero con pretensión de universalidad. Decíamos al principio que la geografía no parece criterio suficiente para definir Europa. En cambio, determinados valores que han ido saliendo en estas páginas sí pueden serlo. De la historia común podemos extraer, a nuestro juicio, algunas lecciones importantes que nos sirvan para el futuro. En primer lugar, que el modelo social europeo es un bien precioso que debería preservarse ante los vaivenes económicos de un sistema capitalista que pasa ahora por un ciclo depresivo en muchos de nuestros países. En segundo lugar, que tenemos mucho más que ganar estando juntos –es decir, propugnando más Europa– que por separado. Por último, que la diversidad cultural es nuestro patrimonio más valioso, nuestro auténtico ADN, ya que todos somos en mayor o menor medida resultado de una superposición de pueblos y culturas, y que su rasgo definitorio principal debería ser que la cultura del Otro es también parte de la nuestra.

Que hagamos estas reflexiones desde Yuste demuestra que se puede ser europeo desde cualquier lugar, por alejado que se esté de los grandes centros urbanos desde los que se toman las decisiones y se urden las políticas europeas. La pequeñez de este antiguo monasterio se convierte así en símbolo de la grandeza del proyecto europeo.

